

Aunque todo sea la nada

Los veía tostándose al sol incendiabile de las once, estirados en la arena sucia de las playas sanbernardinias, amparado bajo mi enorme sombrilla. Observando todas aquellas pieles aceitosas de quienes me circundaban, me distraje de tanto centrar la atención en esos mortales retozantes, pensando si existían dicotomías entre un hombre y un lagarto, si se me permite la paráfrasis. Sabemos que la ciencia ha podido probar que las cucarachas habitan el planeta tierra desde antes que los reptiles, pero son posteriores a los moluscos, eso evidencia, me dije, por qué el cuerpo humano está compuesto por un ochenta por ciento de agua. Sin embargo,

tanto mamíferos, reptiles e insectos emergidos de las aguas profundas como bien narraba H. P. Lovecraft, me hizo suponer que de alguna manera todos somos pescados. Y debido a esa condición, son las hembras las encargadas de hacernos recordar frecuentemente, por intermedio de los efluvios segregados por sus delicadas entrepiernas, de dónde provenimos. Discurría corriéndome otro poco hacia la magra sombra, soportando sudor en manos, pies y surco nasogeniano, además del clásico sobacal acompañado de esa frialdad *batrácica-lagarteana* (permítaseme la digresión) que me caracteriza, mientras retorció mi tremolante dedo índice en la arena

candente, buscando con la vista, impulsado por la garganta seca, a aquellos intrépidos sorbedores de infusiones autótonas, mal llamado mate, como si le faltase brillo; repasando: de embriones amorfos a cuerpos huesudos la evolución es evidente afirmé y, poniéndome filosófico ante la marcha incesante de paseantes e inquietantes vendedores de todo tipo de productos, volví a afirmar para mis adentros: aunque finalmente todo sea la nada, qué tanto, a la vez que alzaba mi brazo y estiraba mi tremolante dedo índice derecho gritando a viva voz: icoca colero!, icoca colero!... acá, eh..

Sergio FOMBONA

La señora Dalí

Declaró en una comisaría de Buenos Aires que cuando la princesa de Beirut tenía quince años fue enviada por su padre a pasar unas vacaciones en Inglaterra, en casa de unos primos de la nobleza que andaban a caballo, como en los avisos que se reproducen en los ensueños de cada chica de Beirut. No era eso lo que la policía quería saber, pero la señora Dalí quería que primero se entendiera lo suyo.

La princesa, una tarde, entró desnuda en la habitación de su primo mayor, que la recibió en la cama y después llamó a su hermano. El primo menor llamó a un amigo, que llamó a otro. Así, los siete varones de la casa estuvieron con ella.

Lo que la hizo llorar -contaría después, por carta, a la señora Dalí- fue que entre uno y otro no le dieron tiempo a lavarse.

Según la princesa eso mostraba que cada uno tenía más ganas del varón anterior que de ella después de su recién perdida virginidad.

Se inscribió en la universidad fundada por los norteamericanos.

No le gustaba el inglés.

Pasó a la universidad

fundada por los franceses.

Le gustaba el francés, pero no el ambiente.

Volvió a Beirut desflorada, redundó la señora Dalí sin percibir la impaciencia policial. Durmió varios días y al despertar se asomó a su jardín. Las flores se habían marchitado. Pobre criatura, acotó la señora Dalí. Beirut empezó a parecerle una ciudad triste, con gente poseída por algún hechizo mortal. Se inscribió en la universidad fundada por los norteamericanos. No le gustaba el inglés. Pasó a la universidad fundada por los franceses. Le gustaba el francés, pero no el ambiente.

Realizó viajes a Damasco con su madre. Con el pretexto de leer iba sola en un camarote del tren, donde invitaba a cualquier hombre que encontrase en el vagón comedor para hacerse sodomizar al ritmo del viaje. Nada, ni el dolor, podía despertar su espíritu marchito. Los hombres son asquerosos, comentó la señora Dalí, sin tener en cuenta de que estaba frente a varios.

Nuestra señora había trabajado mucho antes de encontrar al

coronel paraguayo, con el que después se casó. Las cosas no anduvieron. El coronel, cuando eran novios, le habló de unas tierras que lo esperaban en Paraguay. Recién casados llegaron a esas tierras que, efectivamente, estaban. Había tierras... como en toda la tierra. El detalle era que no le pertenecían. De vuelta en Buenos Aires, una noche sofocante, recibió un nuevo golpe. Los parientes del coronel, cansados de sus fabulaciones, dijeron que nada de coronel, de ejército y de Paraguay. Nada, sólo palabras sin referentes que velaban un pasado de cárceles, fugas y pensiones baratas.

Nuestra señora Dalí más que engañada pareció profanada. Su cuerpo se convirtió en una catedral. Al marido se le prohibió la entrada, las ventanas fueron selladas y las puertas dejaron de abrirse. La señora Dalí pasó en poco tiempo de catedral a mausoleo: su cuerpo cubierto de negro desconoció el espejo y los afeites. Es como si estuviera ya muerto le escribió a la princesa de Beirut.

Nunca había aceptado la conexión entre coito y embarazo: los hechos le parecían una revelación que no se atrevía a comentar con los amigos, ni siquiera con un cura que visitaba cada tanto.

Su marido no se explicaba cómo ella había tenido dos hijos sin su intervención. No pensó que lo engañara, sino que se hundió en un estado de perplejidad. Nunca había aceptado la conexión entre coito y embarazo: los hechos le parecían una revelación que no se atrevía a comentar con los amigos, ni siquiera con un cura que visitaba cada tanto.

Esa noche no percibió lo que hacía su mujer en silencio y fue sorprendido por un golpe que lo desmayó. La señora Dalí, según declaró, actuaba en el vacío, sin ninguna razón. Sin emociones.

Era como si junto a ella, dijo, la princesa de Beirut dirigiera con precisión cada maniobra.

(continuará...)

Germán GARCÍA

BCG

Estos dos meses de silencio se han debido a las amenazas que - producto de la publicación de una historia oscura- sufrí de manera personal y que alcanzó también de manera lateral a mis compañeros de publicación. No tengo aún pistas de los autores de tales intimidaciones, pero estoy convencida de que más allá de mi integridad y seguridad deben prevalecer el espíritu de la verdad y la justicia. Sépalo Sandonalli.

Así las cosas, mi relato se interrumpió en el punto en que Coco, sospechando de los manejos oscuros en MDS, se propuso comenzar una investigación que involucrara a todos los personajes del lugar. La primera interrogada fue la bibliotecaria.

B. había nacido a 17 kilómetros de MDS y siempre sostuvo que mudarse había sido el segundo error de su vida. El primero y más terrible de todos consistía en haberse apasionado con los libros “en general”, es decir, sin discriminar géneros, estilos, autores ni lenguas, sin importar si estos eran muy académicos o muy pelotudos, en fin, sin hacer distinciones de ningún tipo. Esta pasión desmesurada fue la que la decidió a emprender una cruzada bibliófila por toda la costa, aunque esa empresa se detuvo a sólo unos pocos kilómetros de comenzada.

Buscando desesperadamente a Sondon

—A mí ya no me da pelota el salame me dijo Mariano Quintero, con los ojos clavados en la servilleta en donde garabateaba la ecuación de Schrödinger. — La última vez vino a comer pizza con los pibes después del partido, pero se fue rápido y no llamó más. Desde ese día tampoco me atiende el teléfono.

— Pero algo le habrás dicho... - contesté preocupado. Por ahí se ofendió por alguna cosa.

— Nada. ¿Qué le voy a decir?... Nada.

Miré el papelito que me acababa de dar, con el número de teléfono anotado. No quería insistir. Él lo conocía mucho mejor que yo, pero la situación era grave. Llevábamos sentados más de cuarenta minutos sin poder sacar nada en limpio. García tenía una expresión adusta y le murmuraba no se qué cosa a Yanina, algo acerca de la pulsión de muerte de los espectadores del programa de Tinelli.

Gárriz contaba una anécdota que le había sucedido en la tribuna de Boca durante una final a la que había asistido

Esta brevedad fue acaso lo que llamó la atención de Coco, quien no entendía por qué alguien tan convencido de la obligatoriedad de la lectura diera tan poca batalla en esa lucha. B. respondió que no era tan simple como él creía, que habían pasado cosas que frenaron su marcha, que ella sintió que quedarse en MDS podría ayudar a la gente y que en un principio le pareció que G. y su hijo se sumarían a su causa y podrían ellos continuar el recorrido, estableciendo como base de operaciones el hotel del pueblo. Pero esto no había sucedido y, según pudo entender Coco, G. había resultado un doble agente que operaba para los hermanos G., y eso explicaba por qué compartían la inicial.

Los hermanos G., como ya se dejó claro en números anteriores, eran una fuerza monopólica en MDS y el lugar desde el cual manejaban todo era la vieja despensa devenida minimercado, cuyo nombre era Las catalanitas.

Los hermanos G., como ya se dejó claro en números anteriores, eran una fuerza monopólica en MDS y el lugar desde el cual manejaban todo era la vieja despensa devenida minimercado, cuyo nombre era Las catalanitas. Allí había trabajado B. al llegar al pueblo y ahí habría comenzado a urdirse un plan secreto que Coco apenas empezaba a comprender. Lo que sí estaba claro es que no habría matices: en esto podría alcanzar la gloria o hundirse en el más profundo de los oprobiosos silencios..

Vanesa PAFUNDO

con su hijo mayor, y no parecía demasiado preocupado por la cuestión. De Rosso, (que lo escuchaba mientras hojeaba un librito viejo y muy delgado cuyo título rezaba “Enciclopedia del Policial Uruguayo de los años '20”), me miraba de reojo cada tanto y negaba con la cabeza, como si lamentase la muerte de un conocido de la secundaria.

— ¿De María Martha alguien sabe algo? - preguntó Nora, sin dirigirse a nadie en particular y sin quitarse los lentes oscuros.

— Seguro que ella “de las nuestras” no es -dijo Roberto, interrumpiendo su anécdota durante un segundo.

La moza dejó delante de Vanesa un tostado mixto y una tónica, delante de mí puso una lágrima y una medialuna de grasa y le dejó a De Rosso dos traviatas con queso blanco. Hicimos circular los platos y las tazas hasta que cada uno obtuvo lo que había pedido. Faltaban tres medialunas de manteca que no reclamamos.

Salí para fumar un cigarrillo y darle vueltas a la cuestión. Estaba claro que, o

bien encontrábamos una solución, o tendríamos que replantearnos seriamente todo el asunto de la revista (por no hablar del libro que estaba en preparación). “Nunca debimos haber incluido ese poema”, pensé mientras soltaba una bocanada de humo delante de la tapa del Paparazzi que el kioskero tenía colgada. El punto principal era que habían descubierto a los Académicos y a los Pelotudos, y eso nos había jodido el plan. Ahora era todo vuelta a empezar. Era difícil imaginarse una estrategia más compleja y minuciosa (a excepción quizás de alguno de los artículos que Abregú escribía para el blog).

Saqué el papelito del bolsillo y marqué el número en el celular sabiendo que era la única opción posible. Después de tres intentos fallidos logré comunicarme. Sondon me dijo que lo esperara esa noche en la esquina de Santa Fé y Azcuénaga. Y que fuera solo. En una de esas todavía teníamos una oportunidad.

Adrián DRUT

Los nombres

Shim despertó al oír su nombre con la voz de la pelirroja. Aunque ése no era su nombre, era uno nuevo. Un nuevo nombre derivado del suyo. O su mismo nombre estirado, fragmentado y recortado de tal manera que igual le permitía reconocerse en él. Un sobrenombre de su propio nombre, como Shim de Simón, pero era otro.

Cada mujer de su vida lo llamaba de una manera distinta, porque las mujeres tienen eso de rebautizarlo a uno para fijar un inicio, marcar su territorio. O acaso era que con cada mujer se reinstauraba, que en cada relación era otro hombre. Tal vez así lograba vivir otras vidas que comenzaban alguna mañana, se extendían durante un tiempo y se disipaban sin que él tuviese que participar del final. Podría ser que de este modo resolviera su plan de morir y volver a existir en otras franjas del Universo para reencontrarse con Octubre, su gata gris, a quien todavía esperaba ver aparecer en cualquier momento.

Estiró el cuello cuanto pudo para husmear a su alrededor. Del marco de una arcada colgaban cataventos de diferentes tamaños, sogas y lanas. La superposición de tejidos, paños y tapices hacía que el ambiente se viera totalmente intoxicado de trapos.

Miró a la mujer que nuevamente dormía. Con el vaivén suave de la respiración los lunares de la espalda subían y bajaban, aparecían y desaparecían ente las cobijas. Volvió a concentrarse en las telas, los almohadones. Forzando la vista con cierta molestia alcanzó a divisar en la penumbra una figura pequeña, casi deshecha o a punto de formarse en su retina. Como una bocanada de humo inmóvil. Un hilván de aire solidificado que se movió hacia él, emitiendo un sonido familiar. -Octubre, soy yo -pensó.

-Junio, Junio- canturreó la mujer otra vez despierta.

Octubre, ahora Junio; antes una gata gris, ahora un gato siamés, rozó su mano como siempre, se enrolló sobre la alfombra y empezó a lamerse mirando a Shim con un silencio sabio.

Shim sintió el rayo de la felicidad sobre su cuerpo. Tomó su ropa y lentamente fue deslizándose de la habitación hacia el baño. Parecía distraído. Con el ruido del agua de la ducha disimuló el zumbido del ascensor. Ya en la calle, echó a correr con Octubre en brazos.

Nora MARTÍNEZ

Washington Sondon y el regreso de Concha Rayada (parte I)

I

Una molesta chicharra sonó antes de que la puerta se abriera. Con una lentitud inesperada para alguien que recupera su libertad luego de quince años, el joven atravesó por última vez la puerta. Llevaba en su mano un cuaderno de tapas verdes y una campera gastada. Firmó algunos papeles y se reencontró con la libertad.

-No hagas cagadas pibe. Todavía te quedan muchos años por vivir -le aconsejó el guardia que le entregó sus objetos personales. El muchacho lo miró sin decir nada y siguió caminando. Llegó a la calle, paró un taxi y desapareció por la avenida.

-Este pibe tiene la vaca atada -le comentó el guardia a su compañero- pero se va a mandar una cagada, estoy seguro.

II

En la escena del crimen, el comisario Canabro y los demás escuchaban con atención la explicación del detective.

-...escondiendo el arma homicida justo detrás de este mueble -dijo Sondon

mientras corría con esfuerzo un ropero antiguo. Efectivamente, en un ángulo pudo verse un fragmento minúsculo de una hoja de afeitar.

-¿Todo eso a partir de un pedazo de una cabeza de fósforo que encontró en el piso? -preguntó el cabo Fraga con admiración.

-¿Le parece poca evidencia? -le gritó Sondon mientras ponía en la frente de Fraga la punta de su arma. Afortunadamente para el cabo en ese momento entró un cartero a la escena del crimen.

-¿Quién de ustedes es Washington Sordon? -preguntó un poco intimidado por la situación.

-Sondon, con D, pelotudo -le contestó el detective mientras redireccionaba su arma hacia la humanidad del cartero. El muchacho asustado extendió su mano y le entregó un sobre. Sondón lo abrió y sacó un cuaderno de tapas verdes. Enfundó su arma y comenzó a leer las primeras páginas. Su rostro se transformó. Cualquiera que no lo conociera hubiera pensado que estaba asustado. Buscó a Canabro con su mirada.

-Es "Concha Rayada", salió de prisión -le informó.

-Llegó el día, Sondon. Sabíamos que iba a suceder -dijo Canabro como quien sabe que tiene los días contados.

-Bueno, a trabajar -se recobró Sondon- Fraga, llámala a la morgue y decíles que se preparen para recibir diez cuerpos en las próximas horas.

-Putá, justo hoy que es mi cumpleaños -se lamentó Canabro.

III

Era un departamento pequeño, de un único ambiente, con libros apilados por doquier. En el sillón que hacía las veces de cama yacía el cuerpo de una mujer que debió haber sido linda quince o veinte años atrás. Se encontraba desnuda, boca abajo y con una vela que asomaba por su orificio anal.

-Llegamos tarde, Sondon -se lamentó Canabro.

-O él llegó temprano -contestó el detective.

Mariano QUINTERO

- Bueno, ¿cómo te llamas?
- Odradek- dice él.
- ¿Y dónde vives?
- Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.

Franz Kafka



"Gol" - Miguel FLORIO

Cuentos seniles: una visita al Dr. Morales

A Morales lo conozco desde el bachiller. Tiene su propio estudio de abogados donde trabajan como cincuenta personas. Tantas veces me había dicho que pasara por su oficina a visitarlo que ni bien me enteré que el dentista que me haría el implante tenía su consultorio en pleno microcentro, decidí pasar por la oficina de mi amigo.

Morales siempre fue una persona de carácter jovial y dicharachero, hay que ver la cantidad de anécdotas graciosas con él que tengo para contar. Pero prefiero no desviarme del relato. Lo cierto es que llegué a la dirección y constaté que esos a los que le decíamos porteros, que luego fueron encargados, que miraban qué botón tocaba uno en el portero eléctrico, si le abrían o no de arriba y si uno no tenía pinta de escuchante lo dejaban pasar, ese portero había sido reemplazado por cuatro personas de uniforme con gorra y todo que

me recibieron detrás de un mostrador. Una de esas personas hablaba por teléfono cuando llegué y siguió hablando todo el tiempo que duró mi entrevista en el hall del edificio. De hecho me hizo acordar a las boleterías del subterráneo donde hay un empleado que permanentemente habla por teléfono, y si no está ese empleado, especializado en comunicación, le encomienda el uso del aparato a uno de los boleteros, que atiende y pregunta al pasajero mediante movimientos de cabeza y hombros al tiempo que conversa atento a su interlocutor lejano.

Las otras dos personas detrás del mostrador, un hombre y una mujer de unos 35 años, charlaban entre ellos sonrisa va, sonrisa viene. Parecían esos mozos de los restaurantes de hoy día, pibes por lo general, que se miran entre sí y mantienen largos parloteos mientras los clientes agitan manos, servilletas, pañuelos o

platos tratando de llamar su atención. Puede estar prendiéndose fuego el boliche que ellos son incapaces de considerar otra cosa que no sean las palabras de su compañero.

Por suerte todavía quedaba un empleado para atender a los tres visitantes que esperábamos pacientemente nuestro turno. Cuando llegó el mío me pidieron la libreta de enrolamiento, copiaron todos mis datos y me sacaron una foto con una cámara del tamaño de la bola que se usa para jugar a la pelota vasca. Además me dieron un papel que debía devolver firmado y sellado por la persona que me entrevistara en el estudio del Dr. Morales, pero a todo esto ya estaba cerca del horario de la consulta con mi dentista, así que devolví el papel en el mostrador y me fui sin ver a Morales.

Roberto GÁRRIZ